

Xiansheng Fu

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

Xiansheng Fu (por Daniel Bernardo Grimberg)

Durante el atinado transcurso del devenir, Xiansheng Fu no pediría la palabra, sino que asentiría con el objeto de terminar con su trabajo en el que establecería a lo obvio y lo que, tal vez, no lo era. Porque contribuiría a cambiar los presupuestos, al deducir de la historia admirable a la poca fiabilidad de la suerte. A ese día lo había dividido en secciones; en la primera había efectuado los himnos rituales bien estimados en el reinado de la Casa real ya que implicaban estar a su servicio.

En el multiforme universo que le tocaba vivir, hubo un indicio de su venturoso apogeo a través de una apertura celestial: una paloma reposó mansa en su hombro después de haber peregrinado por las alturas. Esta le creó una escisión rotunda con los ensimismamientos y miedos, ya que le brindó una imagen asociada a los cielos en correlación con su propio andar. Ya se había acabado la ininterrumpida sucesión de nacimientos de sus vástagos, y su genealogía estaba a salvo y fuera de cualquier discordia. La paloma le trajo la adulación que le hacía la categoría de seres divinos que gobernaba desde la soledad universal, y había multiplicado sus dichas a lo largo del tiempo (aunque nadie se visibilizó al efectuar esas operaciones). Esa ave lo habría convertido en el precursor en quien reposarían relatos grandiosos, puesto que durante su brioso vuelo no había contendido con peculiares confusiones o alguna falta de claridad (Xiansheng Fu reflexionó que, si quería conocer su oculto mensaje debía consultar al perenne Libro de las Odas, en el que también se recuperaban las voces de algunos espíritus nobles que habían sido excluidos de los diagramas de adoración).

Él, como hombre que jamás se había anclado en el aislamiento, no pudo comprender los cambios que habían surgido durante emergencias tan deplorables como las que hubo entre la séptima y octava Era de la anterior dinastía. Cuando hablaba del emperador Daozong, lo hacía con vastas apreciaciones, colocándose a sí mismo en una posición candorosa y con cara de sueño o la que tenían quienes en el fragor de la batalla habían sido dignamente bordeados por la muerte (muy diferente de la de los hombres comunes quienes nunca la fijaban una entonación especial). Lo alababa habitualmente sin que una ira impenitente le hiciera decir cosas que su Majestad no querría oír. El emperador era célebre, maravilloso, y nunca intercaló pasajes horribles dentro de la beatitud que se reflejaba en

sus discursos. Era semejante a un personaje mitológico que jamás fue vencido por tribus harapientas, ni se lo destronó. Xinsheng Fu le dio una directa aprobación a sus últimos movimientos militares que fueron la extensión de sus magnificentes ideas dentro del campo de batalla.

Ahora, caminando entre las siluetas de esas casas del barrio bajo y dirigiéndose al sector occidental del inmutable Palacio, apenas esbozó una mueca de ansiedad en su rostro. Ese era un típico viaje a pie, que había sido antecedido por miles que no tuvieron un carácter divergente. Inhaló aire y expandió su pecho con esplendor mientras calculaba que no expelería las palabras vedadas que describían las intrincadas geografías en las que habitaban los muertos. Plantaría sin preámbulos su enorme agradecimiento y sumisión al emperador y los dioses, antes de que la indecible abolición tomara auge (esto, después de sumarse a generales victoriosos que se deslizaban con gracia por la entrada principal invocando a heroicos ancestros). Analizaría algunos modelos temporales que serían disimiles al que atravesaba, y nuevamente se asombraría por la grandeza del emperador Daozong, al que denominaría "la feroz alegría que subyuga a los súbditos del tercer imperio en días asimilables a los de la eternidad". No establecería abyecciones ásperas con el vergonzoso fulgor de no ser tenido como un farsante que se propone borrar lo que es menester asentar. Sus ánimos se dirigirán exclusivamente a ponderar al Reino.

Xiansheng Fu contó las partículas de polvo que levantaban sus entallados pies, y a esos números los aunó con famélicas reciedumbres. Tenía en claro lo que significaba la primacía imperial, y se recordó algunos apartados del libro de los Anales de la Sabiduría que referían que, en la inminencia del fin, los espectros (las sombras de los idos) consideraron las antiguas formalidades como adecuados patrones de conducta. En ese camino, preparó sus tutoriales frases con mucho cuidado, y el entendimiento de que el gozo y el dolor instauraban la febril comunión de los que estaban vivos. Todos sus vocablos se enfocarían en demostrar la perenne validez del emperador de acuerdo a la extenuante exigencia moral a que se someten sus súbditos. Era una obligación general conocer a sus sabios anhelos, los decisivos acontecimientos que había introducido en el mundo, y las fechas que salía a sus huertos y jardines (y daban validez al almanaque). Su obra se fundía con la de los dioses, y en él se constituía el único rasgo definitorio del Estado. Su indisputable nombre aseguraba un porvenir dichoso a quien lo pronunciase como irreducibles silabas que el intelecto jamás conseguiría medir.

Una joven detuvo su prisa, y le brindó una tierna reverencia en el centro de esa calle abierta a los cielos. Lo hizo con arrojo, y como si obtuviera un gran consuelo por estar frente a él. Moldeó un lamento en consonancia con una sonrisa. Le explicó que la prodigiosa emoción de verlo le rompía el corazón en pedazos. Reunió un gran júbilo al reconocer al gran funcionario Xiansheng Fu, sirviente del emperador, y recitador del fracaso y la humillación de sus enemigos. Sin embargo, para este, esa intromisión

era una secuencia escandalosa que tuvo un principio, pero parecía no tener término. La joven hizo referencias a algo sorprendente que él una vez había enseñado o habría puesto como foco en una discusión; su agitado propósito fue rescatar algunas de sus pautas e interpretaciones. Si lo que le traía a colación se trataba de una sabiduría atronadora o una juiciosa mitología, no lo sabía exactamente. La joven procuraba que la viera, atorarlo por unos minutos, y ostentar que su admiración había crecido en forma ineludible. ¡Su vigilia había dado frutos milagrosos y ahora se encontraba al lado del gran maestro! Era bastante joven y un tanto gordinflona, y con desafortunados modales lo comparó con los eruditos de la antigüedad, a los que era imperativo retornar si se pretendía encontrar al fundamento estable de la materia.

Xiansheng Fu sintió aquello como un inmerecido castigo que le creaba tensión, pese a no ser más que una detención irracional y arbitraria. Por lo que, al experimentar un arrullo violento en su sangre, la apartó con un empujón de su brazo izquierdo. Esa joven que clamaba conocer su osada historia ya no lo trababa, pero insistía que sabía algo que él había escrito, y era inestimable. Tenía la vehemencia de saberlo al dedillo, y farfullaba hazañas que servían de ejemplo y que él no retenía en la memoria. A esas pretéritas cuestiones las relataba con una absurda sensibilidad.

Xiansheng Fu no le prestó más atención, y continuó con su marcha que sin querer espantó a interpuestos grupos de mariposas. En ese instante, problemas profundos y complejos se suprimieron a causa de los aleteos con que estos trajinaban sin odios ni mentiras, por los aires. Eran espontáneas criaturas que en sus vuelos no incluían advertencias ni protestas. El funcionario imperial cruzaba ese escenario en el que se respiraba una infalible calma, que era el mejor homenaje o bienvenida que acogía al hombre. En ese instante, Xiansheng Fu reflexionó en la paz cuyo degradado reflejo era la guerra. Durante una cercana jornada había dicho palabras fuertes acerca del emperador: le indicó que había engordado demasiado y criticó seriamente a los excesos de gula. Había interrumpido una descollante narración de los hechos maravillosos que se sucedieron en la dinastía Tsin, con el objeto de hacerle sentir su parecer, con una voz que, si bien no dejó de estar sumergida en su garganta, se oyó estentórea. Pese a eso estaba feliz; disfrutaba del renombre que había obtenido desde veinte años atrás, con el padre del actual emperador, el llamado lince de Chongxi quien alejó la amenaza de Fei Seng de las arterias de Pinyan, y que a través de sus escritos alabó la furia del Liao. Un hombre que había dominado al arte de la guerra con mayor vigor y resiliencia que su obeso hijo. No había habido una sola falacia en las páginas que Xiansheng Fu le redactó, en las que realzó su prestigio épico después de cumplir con los ritos primordiales. El padre del actual emperador había arremetido en contra de los bárbaros que tendían sus tiendas en las laderas prohibidas, y de aquellos que pertenecían a la cofradía secreta que se espolvoreaba desmenuzadas heces de búfalo

sobre la piel. Había escrito que fue admirable su dedicación, su responsabilidad, el ardor con que se entregó a la batalla, y que con un solo golpe había aplastado a los insolentes junto con los que se pusieron del lado de la felonía. Nunca tuvo predisposiciones indebidas, debilidades, ni miedo a la equivocación (para compararlo con mediano éxito tuvo que recurrir a la figura del lince).

Xiansheng Fu conocía lo que le esperaba y estaba feliz. Los detalles del paisaje se complementaban a la avenencia que tejían sus ánimos mientras se iba reduciendo la prolongación del sendero. En ese día, frente a los flujos lumínicos del altar, había confesado cuales fueron sus trabajos y proyectos, y dio forma a un himno dinástico que inducía a no renunciar ni hacer contritas las aperturas que fueron labradas por los antepasados. Estos no se habían apagado con los tiempos y seguían endureciendo las emociones más íntimas del hombre respetuoso. Xiansheng Fu conmemoró la gloriosa dimensión del pasado del que había sido un fiel intérprete.

En su andar hasta el Palacio vio un antiguo negocio que reabrió sus puertas, y a los finos troncos de los árboles que Xia había plantado con sus manos nudosas, determinada a entorpecer el paso de espíritus sucios y mezquinos. El cielo grisáceo intensificaba con su fondo inextinguible a ese soplo de lo atemporal que estaba viviendo. Xiansheng Fu vio lo que era requerido ver en un mundo en donde había hecho sucesivos pactos con los vivos y con los seres espirituales que no eran frágiles, aunque sus instintos no galopaban ni relinchaban fuertes. La configuración del panorama que lo rodeaba, era el fulminante proceso al que se arrojaba con sapiente deliberación, y que no promovería las incesantes repeticiones de alegrías y pánicos.

Xiansheng Fu caminaba hasta el Palacio Imperial en donde lo esperaba un verdugo que lo ejecutaría por haber hablado mal de Daozong en presencia de otros altos dignatarios, durante minutos en que se complació en hacerle una exhortación perjudicial. La ordenada reglamentación de su muerte se trató de una empresa que dejó de ser imaginaria, y ya no le provocaba confusión ni emociones contrahechas. Xiansheng Fu se acomodaba diligentemente a lo que sería su obra definitiva y su más audaz trasgresión.

Fin